

O PINIÓN

http://www.eloccidental.com.mx

EL OCCIDENTAL

Martes
16 de julio de 2013

Tel: 36 13 06 90 Ext. 1

HUMBERTO GARCÍA DE LA MORA

Entre la canonización y la polémica

El pasado 5 de julio, el papa Francisco avaló un decreto en donde canoniza a sus predecesores: Juan Pablo II y Juan XXIII, respectivamente. Todo indica, según las fuentes vaticanas, que los nombres de ambos pontífices serán incluidos en el catálogo de los santos y, en consecuencia, elevados a los altares a finales del año.

Si bien la noticia de la canonización del papa Juan Pablo II ha despertado júbilo entre la jerarquía católica y un sector de su feligresía, en contraparte, las críticas, tanto por la celeridad con la que se realizan los trámites para convertirlo en santo (falleció en 2005), como por los claroscuros de su pontificado, no se han hecho esperar.

Los claroscuros del pontificado de Juan Pablo II, de acuerdo con diversos autores, están documentados: el éxodo masivo de católicos a otras confesiones religiosas (se estima que hasta setenta millones de católicos abandonaron esta fe durante el pontificado de Wojtyła); la pérdida de terreno del catolicismo en el mundo (sobre todo en sus antiguos feudos del Viejo Continente); el paulatino alejamiento de los jóvenes respecto de los dogmas y prácticas litúrgicas; las vocaciones religiosas y las órdenes monásticas fueron a la baja; aumentó el déficit de sacerdotes (los religiosos en activo tienen 57.3 años en promedio); las encíclicas del Papa o muchos de sus llamados fueron ignoradas por los fieles, quienes siguieron pautas de conducta y moral ajenas a sus obispos; el número de sacerdotes casados a nivel mundial creció a 150 mil; el 90% de las mujeres que abortan y toman la píldora anticonceptiva son católicas, entre otros etcéteras.

Cuando el papa Wojtyła se refería a los derechos humanos y al ecumenismo, la otra cara de la moneda contradecía su do-

ble discurso: el papel inquisidor asumido por Juan Pablo II, quien censuró y combatió a sus críticos a través de la nueva Inquisición (encabezada por el entonces cardenal Joseph Ratzinger), y la intolerancia religiosa perpetrada en contra de las confesiones no católicas, a quienes invariablemente etiquetó como “sectas”, a través de sus encíclicas (Dominus Iesus, entre otras), de las dos reuniones del Celam (1979 y 1992), o en sus viajes papales, fueron de suyo reveladoras.

Acusado de ser protector de curas pederastas, entre otros del sacerdote michoacano Marcial Maciel, fundador de la Congregación Legionarios de Cristo, Juan Pablo II es objeto de las críticas más acerbas ante su inminente inscripción en el santoral católico. Previo a su beatificación –celebrada el 1 de mayo de 2011 por su sucesor, el papa Benedicto XVI–, diversos analistas coincidieron en que beatificar al papa Wojtyła era descalificar y minimizar a las víctimas de sacerdotes pederastas durante su pontificado. Este acto litúrgico representaba –referían– una clara señal de que la Iglesia católica no había entendido (o había querido ignorar) la gravedad de los abusos sexuales de sacerdotes en contra de menores de edad en todo el mundo.

En este tenor, el periodista Jorge Ramos escribió que no es asunto menor el hecho de que “la Iglesia católica quiera convertir en beato (y luego en santo) a un hombre de carne y hueso que fue líder del Vaticano durante uno de los peores escándalos sexuales y de violación a los derechos humanos de cualquier pontificado. No estamos hablando de una o dos víctimas. Estamos hablando de miles de víctimas en todo el mundo. Esto significa que dentro del Vaticano hubo una sistemática política que ignoró, encubrió y protegió a sacerdotes criminales y que rechazó, estigmatizó y culpó a sus víctimas

sexuales, en su mayoría niños y menores de edad. El argumento de que Karol Wojtyła no se enteró de nada, es indefendible”, (Jorge Ramos, “El Beato y los abusadores sexuales”, 25 de abril de 2011).

El escritor David Yallop –por su parte– secunda el precedente análisis: “El hecho de que la Iglesia (católica), a causa de su inacción, es directamente responsable del perdurable abuso clerical, y de que el efecto que está teniendo la sociedad de muchos países es directamente responsable de la profunda pérdida resultante de fe, nunca se le ocurrió al papa Juan Pablo II: El fallecido Papa y sus cardenales había sabido al menos desde principios de la década de 1980 que tal abuso sexual estaba muy extendido; en realidad, la jerarquía católica lo había sabido siempre. Pero en vez de emprender una firme, pronta y decidida acción, optaron pero perpetuar el sistema del secreto, y esa conducta despojó al Papa y a muchos de sus príncipes de toda tasa de autoridad moral (...). A causa de la incapacidad de boca y para tomar las decisiones necesarias, el desenfrenado abuso sexual clerical siguió sin control y resultó directamente en deserciones masivas de la fe en muchos países” (David Yallop, “El poder y la gloria. Juan Pablo II: ¿Santo o político?”, Planeta, 2007, página 655).

“Si el Papa no sabía de estos abusos, como sugieren muchos de sus defensores, fue entonces un líder negligente y apático que no cumplió con sus responsabilidades de vigilar y cuidar a los más débiles. Y si lo sabía fue, entonces, un cómplice de sus crímenes”, concluyó Jorge Ramos en el citado artículo. La canonización del beato Juan Pablo II representa, en mi opinión, un revés a las víctimas de abuso sexual del clero (a quien Wojtyła defendió sin restricciones), una apología a la impunidad y una decisión inconcebible en las nuevas democracias.